



Nº 241

Noviembre 2021



Entrega de la Manzana de Oro al Excmo. Sr. D. Javier Fernández Fernández, Ex Presidente del Principado de Asturias

Salón “Príncipe de Asturias”
27 de octubre de 2021

DESARROLLO DEL ACTO

El Centro Asturiano de Madrid entregaba este día, 27 de octubre, la Manzana de Oro, máximo galardón que concede la Entidad, a D. Javier Fernández, ex Presidente del Principado de Asturias.

En la mesa, acompañando al homenajeado, estaban D. Valentín Martínez-Otero, Presidente del Centro Asturiano de Madrid; D. Antonio Trevín, presentador y también ex Presidente del Principado; D. Francisco Rodríguez, Presidente del Consejo Superior; D. Andrés Menéndez, Presidente Adjunto del Centro; D^a Pilar Riesco, Secretaria General, y D^a Paula Gallego, Xana 2021 .

El Sr. Trevín hizo una glosa del homenajeado destacando que sus prioridades han sido siempre Asturias y España.

Por su parte, D. Javier Fernández, en su discurso de agradecimiento, hizo una apología del mestizaje y la mezcla que se enorgullece de lo propio y absorbe lo diferente. También manifestó que no había una identidad más fuerte que la de los asturianos.

Al acto asistieron numerosas personas de la vida política y social asturiana y madrileña. Finalizó con el Himno de Asturias interpretado a la gaita y coreado por todos los asistentes.

El vídeo completo de este acto se puede ver en:
<https://www.youtube.com/watch?v=Y0ISoAH1oyI>

PALABRAS DE D.VALENTÍN MARTÍNEZ-OTERO PÉREZ

Buenas tardes a todos señoras y señores, bienvenidos al Centro Asturiano de Madrid, a este acto, a un tiempo entrañable y solemne, de entrega de la Manzana de Oro, nuestro máximo galardón, al Excmo. Sr. D. Javier Fernández Fernández, ex Presidente del Gobierno del Principado de Asturias.

Distinguidos directivos, socios, amigos todos. Como Presidente, es un honor dirigirles estas palabras y recibirles en este acto de entrega de la Manzana de Oro, para todos nosotros ocasión fraterna, dichosa, en esta Casa Regional, decana de las españolas en el mundo, emblemática y vetusta Institución sociocultural, la Casa de todos los asturianos o amigos de Asturias. La satisfacción se acrecienta tras el largo parón de la pandemia, en la que todavía nos hallamos. De hecho, estaba previsto que esta Manzana de Oro se entregase en 2020.



El Presidente Valentín Martínez-Otero se dirige a los asistentes

Singularmente, con arreglo a nuestra costumbre, saludo a destacados invitados del mundo académico, empresarial, político, artístico, etc., y a otros “Manzanas de Oro”, que se citan indiferenciadamente, con el ruego de que se me excuse por las involuntarias omisiones: Padre Ángel (Mensajeros de la Paz); D. Manuel Villa-Cellino, Presidente del Patronato de la Fundación Antonio de Nebrija-Presidente del Consejo Rector de la Universidad Antonio de Nebrija y su esposa D^a Felisa Atienza; D. Gustavo Suárez Pertierra, Catedrático de Derecho Canónico, Ex Ministro de Educación y de Defensa, Presidente UNICEF-España; D^a Pilar Goya, Viuda de D. Alfredo Pérez Rubalcaba, Profesora de investigación del CSIC y Presidenta de la Sociedad Química Europea; D. Jaime Lissavetzky, Ex Secretario de Estado para el Deporte; D. Eduardo Paneque, redactor del Comercio; D. Andrés Menéndez, Presidente Adjunto del Centro Asturiano; D^a Mercedes Fernández; Senadora por Asturias del PP; D. Ovidio Sánchez; D. Adolfo Menéndez Menéndez; D^a Paz Fernández Felgueroso, ex Presidenta del Consejo de Comunidades Asturianas y ex Alcaldesa del Ayuntamiento de Gijón; D^a Teresa Sanjurjo, Directora de la Fundación Princesa de Asturias y su esposo; D. Isidoro Nicieza González, Director General de Contenidos (Prensa Ibérica), en representación de La Nueva España; D^a María Mercedes Otero García y D^a María Fernández Álvarez, ambas del Grupo Parlamentario Socialista; D. Félix González Argüelles, de Relaciones Institucionales de la Fundación Real Madrid; D. Rubén Eladio López Martínez, Director de la Unidad de Emergencias, Seguridad y Gestión de Crisis del Ministerio de Transportes; D. Cándido Méndez, Ex Secretario General de la UGT, etc.

Me acompañan en esta tribuna: D. Javier Fernández Fernández, Ex Presidente del Gobierno del Principado de Asturias; D. Antonio Trevín Lombán, Manzana de Oro, también Ex Presidente del Gobierno del Principado de Asturias; D^a M^a Antonia Fernández Felgueroso, en representación del Gobierno del Principado de Asturias y Presidenta del Consejo de Comunidades Asturianas; D. Francisco Rodríguez García, Manzana de Oro,

Presidente de nuestro Consejo Superior y Presidente del Industrias Lácteas Asturianas-Reny Picot; nuestra Xana Paula Gallego y D^a Pilar Riesco, Secretaria General del Centro Asturiano de Madrid.

Formal y cordialmente, sencilla y jubilosamente celebramos este acto en el que se entrega la Manzana de Oro, propuesta por la Comisión de Galardones y aprobada por unanimidad por la Junta D. del Centro Asturiano de Madrid.

Una Manzana que es expresión de reconocimiento, de elogio y de gratitud. A D. Javier Fernández se le reconoce y se le estima por sus muchos méritos. La Manzana de Oro se concede hoy a una persona dedicada durante mucho tiempo a la actividad política. En los últimos años recordamos su papel como presidente de la Comisión Gestora del PSOE desde el 1 de octubre de 2016. Tras las primarias del PSOE de finales de mayo de 2017, Pedro Sánchez fue elegido, de nuevo, como Secretario General, con lo que Javier Fernández dejó su cargo como Presidente de la Comisión Gestora del Partido. Sin duda, un tiempo muy complejo, tiempo de costura del Partido, que continúa.

Pese a la victoria de Sánchez y a la consolidación del sanchismo, Javier Fernández es considerado un referente moral y político en el Partido, en gran medida por su rechazo frontal a pactar Gobierno con quienes quieren fragmentar España, así como por su inequívoca defensa de nuestra Constitución como marco de convivencia.

Siempre ha expresado el orgullo de pertenecer a una Comunidad Autónoma que no está ensimismada; orgulloso de la vocación europeísta de Asturias, una Asturias abierta y vanguardista, cimentada en la democracia y la justicia social.

Queremos agradecer especialmente a Javier Fernández su compromiso con la Asturias en el exterior, con la emigración, con nuestros Centros Asturianos repartidos por el mundo, por reconocer el decisivo papel de nuestras instituciones, algunas centenarias como esta Casa, en la conservación de la identidad de

Asturias y en el fomento de la inclusión social de las personas emigrantes.

La manzana se vincula a Asturias, al igual que la Manzana de Oro al Centro Asturiano de Madrid, su máspreciado galardón, con el que reconoce la virtud, el mérito. Pero ahora, antes de entregar la Manzana de Oro a Javier Fernández, permítanme que, con arreglo nuestra costumbre, presente, aunque es bien conocido de todos, al Excmo. Sr. D. Antonio Trevín Lombán, quien, a su vez, le presentará a él.

Antonio Trevín Lombán, avilesino, político socialista español. Fue Presidente del Principado de Asturias entre 1993 y 1995 y, por lo mismo, actualmente, miembro del Consejo de Comunidades Asturianas.

Maestro, profesión que ejerció por primera vez en las escuelas de Hontoria y Purón, en Llanes. En 1982 se afilió al PSOE y formó parte de su candidatura al Ayuntamiento de Llanes en las elecciones municipales de 1983. Fue elegido concejal y portavoz del Grupo Municipal Socialista.

Entre 1985 y 1987 fue director Provincial de Educación. En las elecciones municipales de mayo de 1987, encabezó la candidatura del PSOE al Ayuntamiento de Llanes, y resultó elegido Alcalde con mayoría absoluta. En 1991, repitió candidatura y triunfo, compaginando el cargo de Alcalde con el de Diputado en la Junta General del Principado.

Con la asunción de la presidencia del Principado de Asturias, en 1993, dejó la alcaldía de Llanes.

En 1999 encabezó de nuevo la candidatura del PSOE al Ayuntamiento de Llanes, y fue nuevamente elegido Alcalde, cargo que ocupó hasta 2004.

En mayo de 2004, tras la victoria del PSOE en las elecciones generales, fue nombrado delegado del Gobierno de España en

PALABRAS DEL EXCMO. SR. D. ANTONIO TREVÍN LOMBÁN

Asturias cargo que desempeñó hasta 2011 cuando dimitió para ser cabeza de lista por Asturias en las generales, en las que obtuvo escaño.

Dentro de los órganos internos del PSOE, desde 1994 es miembro del Comité Federal y formó parte de la Comisión Permanente del

Consejo Escolar del Estado. Asimismo, coordinó la Comisión de Educación de la Federación Española de Municipios y Provincias. Algunos de los cargos desempeñados por Antonio Trevín:

- Concejal en el Ayuntamiento de Llanes y Alcalde de Llanes en diversos períodos.
- Director Provincial de Educación de Asturias.
- Diputado en la Junta General del Principado de Asturias.
- Presidente del Principado de Asturias.
- Presidente del grupo socialista en la Junta General del Principado de Asturias.
- Delegado del Gobierno en la Comunidad Autónoma del Principado de Asturias.
- Diputado por Asturias en el Congreso de los Diputados.

Enhorabuena Antonio, Maestro Trevín, y muchas gracias.

JAVIER FERNÁNDEZ: EL ORGULLO RESPONSABLE.

“No hay español más orgulloso de su patria que un asturiano”, según Ortega, Salvador de Madariaga o Valentín Andrés. “El sentimiento persiste y yo me identifico con él”, confesó Javier Fernández en su toma de posesión como Presidente del Principado de Asturias. Una declaración de principios y raíces que ha exhibido siempre, con el pudor de los tímidos y la gallardía de los convencidos.

Nació en el barrio mierense de Requejo, hijo de Javier y de Lucita, quien a partir de hoy formará parte de la más valiosa pomarada de Madrid. El escritor José Luis Argüelles, también de Mieres, nos reveló que la familia, del hoy homenajeado, estuvo fuertemente marcada por la derrota republicana en la guerra civil y las represalias posteriores. Al abuelo materno le mataron en uno de aquellos “paseos” que siguieron a la contienda y poco antes del nacimiento, del hoy galardonado, dos de sus tíos Arístides Llanceza (su padrino e hijo a su vez de Manuel Llanceza, fundador del SOMA y Alcalde de Mieres) y Ursino Argüelles, aún formaban parte de las partidas de guerrilleros que se enfrentaban a la dictadura. Su padre conoció también la dureza represiva en el campo de trabajo de Castropol.

Su familia pagó un alto precio por sus ideales. La muerte, el dolor, el exilio y el silencio, marcaron su historia. Nunca presumió de ella ni exhibió este currículum familiar antifranquista. Ni siquiera cuando, en algún capítulo de las cainitas luchas políticas, alguna voz, mezquina y ruin, puso en duda su lealtad a la misma. Si algo le marcó no fue el odio ni la venganza, sino el afán de superar el enfrentamiento guerracivilista, que entiende como un gran fracaso colectivo. Siempre apostó por la reconciliación entre españoles. El socialismo histórico español lo hizo desde 1948 en las conversaciones entre Prieto y Gil Robles. Y el PCE de Carrillo, en

1956 con su política de Reconciliación Nacional y la defensa de una “amnistía general (...) extensiva a todas las responsabilidades derivadas de la guerra civil”. Todo ello con el objetivo de una paz civil que posibilitara la convivencia entre españoles y el respeto democrático a su voluntad.



D. Antonio Trevín, en un momento de su intervención

Por principios y convencimiento es un político de la generación que edificó la mejor obra política española del siglo XX: La Transición Política y la Constitución de 1978. El diálogo, el consenso y el pacto fueron las herramientas para conseguirlo. Él las aplicó siempre en su vida política. Buena prueba de ello son sus resultados en los congresos en los que fue elegido Secretario General de los socialistas asturianos. Si en el 2000, en medio de una grave ruptura institucional y partidaria, lo fue por la mínima, en los siguientes fue ratificado por mayorías cercanas a la unanimidad.

En sus lejanos encuentros veraniegos, con la familia exiliada en Francia, aprendió que “Asturias no está en ningún lugar sino en cada asturiano y en cualquier rincón donde hay uno de ellos”. Así

lo confesó, este verano, en Gijón, al recibir La Carabela que le concedió la FICA (Federación Internacional de Centros Asturianos, fundada en este mismo Centro), por sus políticas para nuestra emigración. Ejerció de Presidente sin olvidar esa otra Asturias, la transterrada, que visitó siempre que fue necesario y pudo.

En Buenos Aires estuvo en 2011. En la capital de Argentina lo español y asturiano están muy presentes. Su Avenida de Mayo es conocida como la de los españoles y cuenta con un hotel, el Castelar, propiedad de Manolo Rodríguez que fue presidente del Centro Asturiano de Buenos Aires. En él acabamos hospedados buen número de los asturianos que visitamos aquellos pagos. Muchos pasan también por la sede de La Tinetense, centro asturiano reconvertido en moderna residencia de ancianos y por el centro que los naturales de Cangas de Narcea tienen allí, para degustar un contundente pote. Mientras vuelan desde España sueñan con descubrir los secretos de los diferentes cortes que, para la carne, tienen los argentinos. A la hora de la verdad prefieren empezar con una convincente morcilla, un rotundo chorizo o un apetitoso lacón, acompañados de abundantes berzas. El bife puede esperar.

Javier Fernández tuvo más suerte. Acompañado de dos referentes de los emigrantes asturargentinos: Faustino Rodríguez de Quirós y Pepe Covián de Cabranes, empezó la visita por el barrio bonaerense con mejor cocina porteña: Puerto Madero. Y la continuó por La Boca, el de más color asturiano. En el paseo por Caminito, comprobó que, en las fachadas de muchas de las casas, sobre todo las de emigrantes italianos, son predominantes el azul y el amarillo, los colores de nuestra bandera. También el Boca Juniors, equipo mítico del barrio, los luce en su vestimenta. No es el Real Madrid de sus pasiones, pero fue el equipo con el que Maradona logró su único trofeo en Argentina. Y todavía hoy, cada quince días, sus jugadores saltan a la bombonera ataviados con un uniforme muy asturiano, por colorido.

Lo dicho, la emigración es una constante de su vida. En vivencias y en reconocimientos. No puedo por menos que recordar la medalla del Principado que concedió a los Centros Asturianos centenarios y como se refirió a ellos en su discurso:“(…) por la labor desarrollada por los centros asturianos, esos lugares de acogida que han sido, y continúan siéndolo, puntos de encuentro, foros de difusión cultural y embajadas del Principado. El agradecimiento es obligado. Cuando tanto se trae y lleva la expresión "deuda histórica" para envolver con rimbombancia lo que no pasa de ser simple exigencia de dinero, meditemos sobre la importante deuda histórica y afectiva que tenemos con los centros asturianos.”

El primero de todos ellos fue este de Madrid. Y su primer presidente un llanisco: José Posada Herrera, estadista y jurista. Javier Fernández y él, a pesar del siglo y pico que los separa, tienen trayectorias públicas con algunos paralelismos. Hombres de Estado, rigurosos y solventes, elegidos en circunstancias muy diversas para relevantes responsabilidades políticas. Si Posada fue diputado, senador, Presidente del Consejo de Estado y del Gobierno, Javier también fue senador y diputado, Consejero de Industria y Presidente del Principado, entre otras relevantes responsabilidades. Y no aceptó ser Ministro de Industria para desgracia de nuestra factura eléctrica.

A ambos se les reclamó ante circunstancias tan excepcionales como complejas. A Posada Herrera para ponerse al frente del Gobierno de España. A Javier Fernández para presidir la Comisión Gestora del PSOE entre 2016 y 2017, el momento de mayor fractura socialista en la actual democracia. Lo hizo como siempre: Con altura de miras, moderación y sentido de Estado.

Y rodeándose de consejeros acreditados y solventes. Alfredo Pérez Rubalcaba fue uno de ellos. El más cercano en lo personal y en el ideario socialista.

Personalmente se conocieron en Llanes (permítanme, recordando a Cosme Sordo, presidente señero de este centro, un poco de

orgullo local). Ambos, siempre, apostaron más por el diálogo que por la crispación, por el acuerdo en favor del país que por la confrontación estéril. Entre otros resultados, el talante de aquella gestora, se concretó en un acuerdo con el gobierno de Mariano Rajoy, en 2016, para subir, de una sola vez, el salario mínimo un 8%. Fue el mayor incremento en 30 años.

No se cansó nunca, la nueva “Manzana de Oro”, de buscar acuerdos beneficiosos para los españoles o los asturianos. Fue también artífice, junto a los presidentes autonómicos populares, Alberto Nuñez Feijóo y Juan Vicente Herrera, del compromiso en defensa del Noroeste español. La propuesta del ferroviario Corredor Atlántico Noroeste y el énfasis en los criterios demográficos para definir la financiación autonómica son resultado del diálogo entre los tres.

Como alguien dijo: los acuerdos de Estado o entre Comunidades no son patrimonio de la vieja política pero a veces lo parece.

Javier Fernández, como los socialistas clásicos, tiene las prioridades claras: primero España y Asturias, después el PSOE y por último los que en él militamos.

Cuando tuvo que elegir, lo hizo como Jovellanos: “eligió la única bandera posible, la bandera de su patria, aunque él mismo llevara una guerra civil en su interior”.

Con él les dejo. Muchas gracias.



D. Valentín Martínez-Otero entrega la Manzana de Oro a D. Javier Fernández



Imagen del público asistente

PALABRAS DEL EXCMO. SR D. JAVIER FERNÁNDEZ FERNÁNDEZ

Buenas tardes y muchas gracias. Gracias Antonio Trevín por tus palabras y disculpen ustedes que haya exagerado mis supuestas virtudes, consecuencia sin duda de la amistad y del afecto. Gracias al Centro Asturiano de Madrid, a su Junta Directiva y a su Presidente por esta manzana de oro que es un honor para mí recibir. Y muchas gracias a todos ustedes por su presencia.

Entiendo que esta distinción se me concede por haber sido un presidente del Principado que ha hecho una cosa que hacen todos los presidentes del Principado: no olvidar en sus políticas a la Asturias de fuera de Asturias, la emigrada, la dispersa por el mundo. Aquella es, como saben, una tierra de emigrantes que nunca olvidan el propósito de volver y a veces también lo ha sido de exiliados a los que la vuelta les estaba prohibida.

Los centros asturianos son el símbolo, en todas las geografías, de la permanencia de los vínculos, de ese sentido de pertenencia que ha fraguado en el imaginario de los asturianos de dentro y de fuera de Asturias.

Ocurre que el Centro Asturiano de Madrid tiene alguna connotación especial. En primer lugar, porque se ubica en la capital de la nación y, aunque España ni se hace ni se imagina exclusivamente desde Madrid, es incuestionable que la capitalidad transmite una idea de centralidad política y simbólica de carácter especial. En segundo lugar, porque aquí residen las instituciones del Estado y Asturias siempre ha tenido una estrecha relación con el Estado, a veces palpable casi física, y eso es una evidencia histórica que no precisa demostración. En tercer lugar, porque a los asturianos nos gusta mucho Madrid.

Yo la conocí en el arranque de los años setenta y desde el primer momento tuve conciencia plena del magnetismo que esta ciudad iba a ejercer sobre mí. Comprendí que su urbanidad tenía menos que ver con sus calles y sus plazas, con la forma y la estructura de la ciudad, que con una actitud, un modo de vida y una cultura. Incluso en la atmósfera opresiva de los últimos años de la dictadura, Madrid se me apareció como una promesa de emancipación social y cultural. Un lugar en el que coexistían formas de vida, no ya distintas sino contradictorias, alternativas, hasta la extravagancia y el exotismo. Un territorio en el que poder liberarse de la presión de lo cercano, de ese control social tan inexorablemente vinculado a la vida local.

Desde entonces siempre me ha importado descifrar el ritmo vital que gobierna el devenir de esta ciudad. El que la ha convertido en un lugar en el que no se da una respuesta categórica ni selectiva a esa obsesiva pregunta española de quiénes somos nosotros. El que la ha aupado a paradigma de una España mestiza y plural. El que ha hecho de Madrid un sinónimo de modernidad.

Conociéndola cuesta pensar que no hace tanto tiempo, en términos históricos, era aquel apacible poblachón manchego del que hablaba Azaña. O la ciudad intransitiva que, según Ortega, no irradiaba su influencia cultural más allá de seis kilómetros en torno suyo porque el resto era pura provincia.

Para entenderlo conviene recordar que, hasta bien entrado el siglo XIX, Madrid no era una capital sino una corte real. Ni siquiera contaba con la categoría de ciudad y carecía de obispo. Era sólo una villa que convivía con una corte sin confundirse con ella hasta el punto de que tenía por residencia regia un Palacio de Oriente ubicado en el occidente madrileño.

Madrid no podía ser la capital del Estado porque el Estado (en sentido moderno) simplemente no existía. Comenzó a construirse cuando España pasó de ser una monarquía imperial a una nación metropolitana con colonias. Desde entonces y hasta mediados de

aquel siglo, un puñado de juristas, militares y hacendistas asturianos, que seguían la senda ya esbozada en el antiguo régimen por sus paisanos ilustrados Campomanes y Jovellanos, tuvieron un protagonismo transcendental, decisivo, en la construcción del Estado, en la del espacio público a él asociado, y en la centralidad de Madrid como capital política y simbólica.

Eran, los cito sin ánimo exhaustivo, Agustín Argüelles, el Conde de Toreno, Martínez Marina, Rafael del Riego, Evaristo San Miguel, Flórez Estrada, Canga Argüelles, Alejandro Mon o Pedro José Pidal. Se cobijaron bajo distintas banderas: liberales doceañistas, exaltados del trienio, progresistas, moderados o conservadores doctrinarios (algunos bajo más de una) y pagaron por ello, Riego con la vida, otros con el cautiverio o el destierro en España y algunos con el exilio británico o francés.

Lo cierto es que a mediados de aquel siglo, España contaba con unas estructuras estatales ya asentadas y los cimientos y las vigas maestras de sólida fábrica asturiana.

Por supuesto que aún quedaba un largo tiempo para la definitiva consolidación del Estado, su despliegue sobre el territorio y la definición del papel de Madrid en un país de centralismo oficial y localismo real, pero esa es una historia que no procede hoy resumir aquí. Es más, en este tiempo de memorias enredadas, conviene seguir el sabio ejemplo del Padre Mariana que finalizó su monumental Historia General de España con la muerte de Fernando el Católico pese a que la ultimó y publicó casi un siglo después. Preguntado por ello dijo que «no me atreví a pasar más adelante y relatar cosas más modernas por no lastimar a algunos si decía la verdad ni faltar al deber si la disimulaba»

En ese tiempo en el que se inicia la construcción del Estado moderno en España, la gran mayoría de los asturianos tenían otras preocupaciones más inmediatas y más perentorias que las de sus minorías ilustradas. Blanco White las describe muy bien en la segunda de sus "Cartas de España" en la que dice que Asturias

era entonces una de las regiones más pobres del país y, como la mayor parte de sus habitantes, no habían heredado de sus nobles antepasados otro patrimonio que una casi general hidalguía y una fuerte contextura muscular, se veían obligados a usar esta última en medio de las más débiles tribus del sur, donde monopolizaban los oficios de aguadores y mozos de cuerda. Pronto monopolizarían también el oficio de sereno aquí en Madrid.



D. Javier Fernández agradece el galardón

Es decir, mientras las élites asturianas contribuían de manera determinante a la creación de un nuevo sujeto político, un Estado nación regido exclusivamente por el Derecho para organizarse y permanecer, una gran parte de la población asturiana se dispersaba, por el conjunto del país primero y por Cuba y las antiguas colonias después.

La diáspora asturiana tiene por tanto una muy larga tradición. Tanta que, si buscamos Asturias en un mapa, tendremos que indagar en el norte de España. Pero en la realidad está también en el este y en el sur y en los cuatro puntos cardinales, está aquí en Madrid. Asturias está en no se sabe que confín de no importa que frontera en la que un asturiano, hombre o mujer, ve pasar los

amaneceres y los años sin olvidar su tierra de origen, sin borrar sus huellas, sin renunciar a su profundo sentido de pertenencia.

Un sentido de pertenencia que es más que una geografía, una tradición, una historia y una cultura. Es una identidad, tan marcada por la emigración y la ausencia, que Asturias no podría explicarse a sí misma sin ella.

No conozco una identidad más fuerte que la asturiana, pero lo más importante de una identidad no es su fortaleza sino lo que hacemos con ella. Y los asturianos hacemos con nuestra identidad lo mismo que con las casas, las estanterías y las copas de vino: no las llenamos del todo para que pase el aire.

Por eso la asturiana es una identidad porosa, compatible con otras, se complementa con la mexicana, la chilena o la argentina como dos olores en un mismo perfume y se funde con la española en una ciudadanía que trasciende de los vínculos y nos remite a un nosotros más profundo, más auténtico y más fraterno que todo aquello que nos hace distintos. Tiene, por supuesto un poderoso componente emocional, pero nadie en Asturias cree que provenga de un fondo telúrico, esencial y heredado, sino del afecto por lo próximo, por el paisaje, por la gente, por el lugar. El lugar es ese sitio en el que el mapa se transforma en sentimiento. Todos provenimos de algún lugar y ese lugar influye poderosamente, a veces demasiado poderosamente, en nosotros.

Por último, la identidad asturiana, como decía Ortega de la española, nunca está hecha está siempre haciéndose y deshaciéndose ganando adhesiones o perdiéndolas. Porque contra lo que sostienen los genuinos portadores de las esencias, los que legitiman sus aspiraciones en consideraciones prehistóricas, las identidades siempre están cambiando y lo que deberíamos hacer es ayudar a que cambien para mejor.

En España ya lo hicimos, lo hicimos hace más de cuatro décadas con la identidad española. Es cierto que la gente de mi generación

somos menos de un lugar que de un tiempo, un tiempo hostil que pasaba lento. En 1974 en este país aún se ejecutaba a garrote vil, ocho años después España era una democracia plena con un presidente que poco tiempo antes militaba en la clandestinidad. En muy pocos años la identidad española se había reinventado a si misma como europea, moderna, cívica, constitucional y democrática. Pertenezco vital y emocionalmente a aquel tiempo que se dio en llamar de la Transición y me gustaría que la generación que la protagonizó no fuera recordada sólo como la que hizo realidad el sueño ilustrado de una España moderna sino también como la que inició un camino nuevo, la que no repitió la andadura recurrente y dramática de la tábula rasa.

Lo recuerdo hoy aquí, porque si no lo hacemos olvidaremos la Transición como narrativa de pacto entre españoles. Si olvidamos que 1978 fue el año cero de la democracia española se convertirá en la fecha de inicio de una promesa frustrada, el comienzo de una utopía traicionada.

No intento decir que todo se hizo bien. Estábamos tan atareados construyendo el Estado que nos olvidamos de pensar la nación y la nación ya se sabe que es una realidad imaginada que no todos imaginamos de la misma manera. Teníamos tanta necesidad de romper con el pasado inmediato que rompimos con todo el pasado, pero un país que no comparte una cierta idea de su pasado corre el riesgo de quedar atrapado entre el pasado que no termina de pasar y el futuro que no acaba de llegar. Creíamos que para España modernidad era democracia, desarrollo económico y justicia social, pero ahora sabemos que también necesitamos reconciliarnos con nuestra historia para poder hacerlo con nosotros mismos.

Se que toda esta intervención está llena de abstracciones y de racionalidad. No puede ser de otra manera porque soy incondicionalmente racionalista. En mi descargo alegaré que siempre he desconfiado de la perfección de los excesos y que soy muy consciente de que, a veces, hay que defender a la sociedad de

los que, en nombre de la razón, tienen demasiada prisa por hacerla perfecta. Pero, aunque se trate de un optimismo melancólico, estoy convencido de que la esperanza, que es enemiga de los utopismos, de la irracionalidad y de la magia como solución, volverá de la mano de los que saben que la exaltación del fragmento y el canto a la diferencia siempre ha sido uno de los ejercicios preferidos de los grandes adversarios de las ilusiones colectivas.

Yo siento ahora emoción y, en este tiempo de palabras de usar y tirar, no se me ocurre una más sincera y más auténtica que gracias. Gracias al Centro Asturiano de Madrid por esta distinción, quiero expresar también el orgullo que siento de ser asturiano. Pero no por haber nacido en aquella tierra, algo que no tiene ningún mérito y a lo que en nada contribuí sino por formar parte de una comunidad de hombres y mujeres que, dentro y fuera de Asturias, nunca hemos antepuesto la pertenencia a la ciudadanía, nunca hemos volcado nuestra identidad sobre lo público ni hemos querido convertirla en frontera, nunca hemos pretendido dibujar con patrones culturales el perímetro de la ciudadanía ni construir con lo singular y lo diferente el cimiento de la comunidad política, nunca hemos querido ser el pez más grande de un estanque más pequeño ni hemos tenido complejo de periferia.

Estoy seguro de que los asturianos que pusieron las bases del Estado moderno en España se habrían sentido orgullosos si hubieran podido saber que, dos siglos después, sus paisanos de dentro y de fuera de Asturias defendemos al Estado y no nos disculpamos por ello.
